

celestial la suya!... si tengo hambre me da de comer... en fin, en todo me demuestra su ternura. Ayer mismo, como el hidalgo había cantado tan mal no permitió que echara mano á la cesta; tanto lo sentí, que á la noche cuando encontré al fulano que cantaba y gritaba como loco ahí enfrente, le arrimé una soberbia paliza, y esto produjo muy buen efecto... pues Magdalena lo aclaró todo y me regaló para la fiesta cintas y flores. (Con inquietud creciente.) Ah, maestro... dígame usted algo ¡por Dios! (Aparte.) Si lo menos tuviese á buen recaudo el salchichón y el pastel.

SACHS (que habrá continuado su lectura, cierra de golpe el libro. David se asusta, tropieza involuntariamente y cae de rodillas delante de Sachs, el cual mira alternativamente perplejo á David y al libro hasta que se fija en la mesita.) — ¡Qué veo! flores y cintas! qué aspecto tan lucido y hermoso tienen! ¿quién trajo esto?

DAVID (admirado de la bondad de Sachs).—Maestro, como hoy es día de gran fiesta, cada cual se adorna lo mejor posible.

SACHS.—Será, tal vez, día de bodas...

DAVID.—Ojalá fueran las de David con Magdalena.

SACHS.—¿Parece que ayer hubo algazara, verdad?

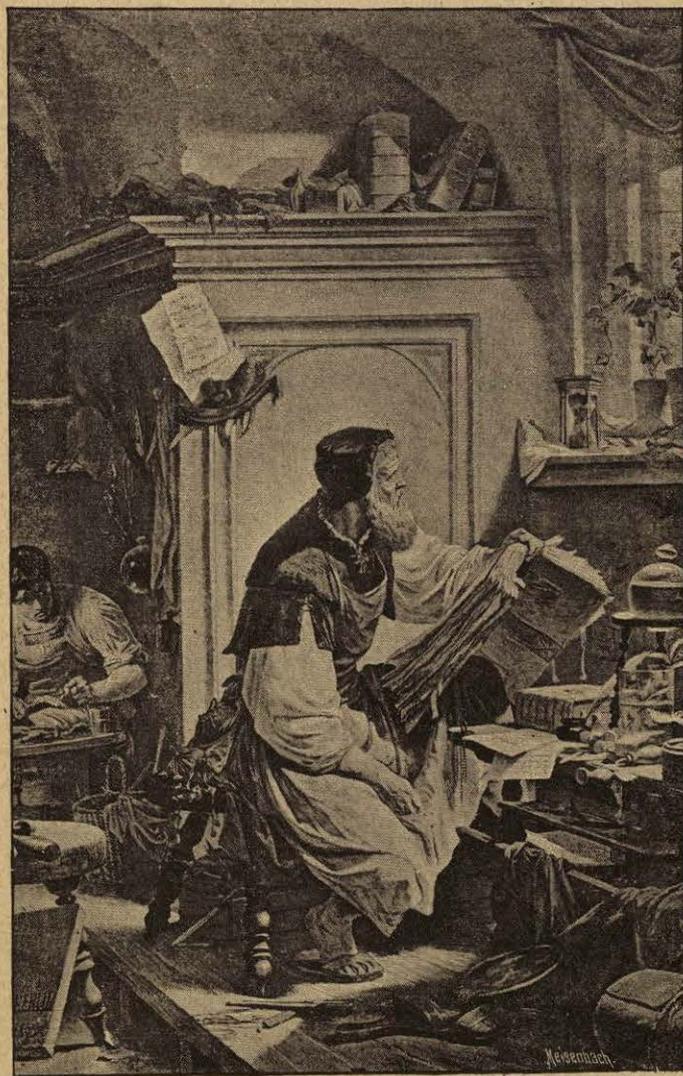
DAVID.—(Lo sabe; no me libraré del castigo.) (En voz alta.) Perdóname usted maestro; hoy es la fiesta de san Juan.

SACHS.—¿La fiesta de san Juan?

DAVID.—(Parece sordo.)

SACHS.—¿Y sabes ya tus versos? á ver, recítalos.

DAVID.—Me parece que los sé. (Vaya, no habrá palos. El maestro está de buen humor.) (En alta voz.) Estaba Bautista en el río Jordán. (Distraído, canta estas palabras sobre el mismo tema de Beckmesser en el acto precedente. Sachs hace un gesto de admiración que interrumpe el canto.) Perdóne usted, maestro, me he distraído; tengo todavía la cabeza atontada con el alboroto de anoche. (Continúa



cantando, con más acierto.) Estaba el Bautista en el río Jordán dispuesto á bautizar á todos los pueblos del mundo; fuése para allí una mujer extranjera llegada de Nuremberg con su hijito en brazos, y éste fué bautizado. Mas al volver á su país en tierra de Alemania, al que llamaron Juan á la orilla de aquel río, llamaron Hans á orillas del Pegnitz (1). (Recitado.) Animo, pues, señor maestro, que hoy es su santo y no es posible olvidar á usted. Estas flores, estas cintas, y todo, es para usted, maestro. ¡Mire usted qué pastel tan magnífico! ¿no quiere probar ese salchichón?

SACHS (sin mudar de postura é indiferente).—Muchas gracias, chico; guárdalo todo para ti; hoy me acompañarás á la pradera: ponte las flores y cintas y serás mi heraldo.

DAVID.—Más quisiera ser padrino de bodas: ¿tiene usted que casarse otra vez, maestro?

SACHS.—¿Te gustaría tener ama en casa?

DAVID.—Mucho que sí. En casa de usted habría entonces más aparato.

SACHS.—¡Quién sabe!... tantas cosas se ven...

DAVID.—Parece que ya es tiempo.

SACHS.—Entonces será un hecho pronto.

DAVID.—Como la gente habla... ¿No sería usted capaz de vencer á Beckmesser? Hoy no se mostrará tan arrogante.

SACHS.—Es posible, ya me lo figuro. Ahora vete, pero no estorbes al hidalgo: vuelve cuando estés arreglado.

DAVID (besándole la mano con emoción).—Nunca le ví como ahora, aunque siempre fué bueno. Hasta me hace perder el recuerdo de los muchos latigazos que me propinó. (Lo recoge todo y vase.)

SACHS (sigue hojeando el libro apoyado el codo y reflexionando. Después de un momento de silencio).—¡Ilusión! en todas partes ilusión! Lo mismo en la

(1) Hans, en alemán es diminutivo de Juan.

ciudad que en el resto del mundo, donde quiera que vuelvo mi escrutadora mirada, todos corren afanosos tras sus ensueños, sin hallar ni recompensa ni gratitud. Sordo al dolor de su propio corazón, arrebatado de sus falaces ilusiones, se afana el hombre y maltrata su cuerpo con estéril afán en busca de la felicidad, siempre corriendo tras su entusiasmo, sin el cual, nada se hace en la tierra. Huye y espera aún alcanzar la dicha. Rendido, al fin á la fatiga, tiéndose y duerme, sólo para cobrar nuevas fuerzas con que buscar á la siguiente mañana nuevas visiones. Este mismo Nuremberg, que tanta fama tiene de tranquilo y pacífico, ocupado en trabajar acá en el centro de Alemania, se agita también de vez en cuando, como ha ocurrido esta noche. Ni uno solo hubo que interviniera en la riña, y aconsejara á la juventud fogosa para evitar desgracias... ¿Qué más?... yo mismo, un zapatero, me dejo fascinar en mi propia tienda por el fantasma de la gloria. Hombres, mujeres, compañeros, hasta niños, se embisten con furia ciega, y su locura se trueca en palos y empujones... ¡sabe Dios cuál era la causa de ello!... quizás algún duende! ¿Era el saúco?... no, ... la noche de san Juan que está aquí ya. Veremos cómo va á componérselas Hans para hacer alguna que sea sonada. Como la ambición nunca nos deja en paz, hasta en el mismo Nuremberg vamos á emprender tan extraordinaria obra, que sin el entusiasmo nos sería imposible.

(Walther sale por la puerta del cuarto, se detiene un momento y mira á Sachs; éste se vuelve, cierra el libro y lo deja resbalar.)

SACHS.—Buenos días, caballero. ¿Hasta ahora ha estado usted en cama? se iría tarde á acostar y por eso ha dormido tanto.

WALTHER (muy sereno).—Sí, poco; pero bien y profundamente.

SACHS.—¿Y cómo va ese ánimo?

WALTHER.—He tenido un sueño muy hermoso.

SACHS.—¡Buen presagio!; cuente usted hable,.... hable.

WALTHER.—Casi no me atrevo á pensar en él; temo que se desvanezca.

SACHS.—Cabalmente esta es la gran misión del poeta: observar é interpretar los propios sueños; crea usted que la verdadera inspiración del hombre se manifiesta durante el sueño. Todo el arte de la poesía no es más que eso... Sin duda ha soñado usted con una fórmula mágica para salir vencedor.

WALTHER.—¿Cómo había de soñar en eso, si todavía confía usted en que ganaré!

SACHS.—¿Por ventura no sabe usted más que todos ellos para vencerlos?

WALTHER.—No se haga usted ilusiones; no hay ya esperanza.

SACHS.—Pues yo no la pierdo todavía; lo único que no espero es que pueda usted huir con Eva... porque yo les seguiré... Le ruego, pues, que olvide su resentimiento; esos maestros son honradotes en el fondo; se equivocan, les gusta que todo el mundo piense como ellos y que los aspirantes compongan la obra según su modo de ver, y que después de todo se lo agradezcan. La canción de usted les ha dado miedo, y con razón, pues quien expresa con tal verdad y tal fuego el amor y la poesía, es un temible seductor que puede realizar grandes aventuras; pero para el matrimonio se emplean ya otras palabras y otro cantar.

WALTHER (riendo).—Ahora los conozco ya; aunque no fuese sino por el ruido que metieron anoche en la calle.

SACHS (riendo).—Sí, sí, ¡bueno estuvo! ¿también lo oyó usted? Pero déjese de eso y atienda mi consejo: ¡valor! á ver si logra usted componer un canto de maestro.

WALTHER.—¿Cómo podré distinguir un canto de maestro, de un canto hermoso?

SACHS.—Amigo, en los primeros años cuando nues-

tras emociones son fuertes y poderosas y con el primer amor se ensancha el pecho, es fácil entonar un canto inspirado, pues la primavera canta por nosotros; pero llega el verano, el otoño y el invierno, y las penas y cuidados de la vida, el matrimonio, los negocios, las riñas, los sinsabores, apagan la inspiración; quien con todo eso logra cantar medianamente, bien puede llamarse maestro.

WALTHER.—Amo á una mujer, y ¡deseo casarme con ella.

SACHS.—Pues aprenda usted con tiempo las reglas de los maestros para que le quiera á usted fielmente y no se marchiten las vivas emociones de los primeros años y del amor.

WALTHER.—Si vuestras reglas os merecen tales elogios, veamos, ¿quién fué su fundador?

SACHS.—Varios maestros muy necesitados, por cierto, y llenos de congojas: cuando les agobiaba la pena se creaban: cuando les agobiaba la pena se creaban una imagen que conservase eterno el amor de su juventud, como recuerdo claro y perenne, impregnado en los perfumes de la primavera.

WALTHER.—¿Pero cómo pueden reconocer esa imagen, si hace tanto tiempo que ésta se desvaneció para ellos?

SACHS.—Pues se renueva cuántas veces se quiere. Yo mismo, miserable como soy, voy á enseñar á usted las reglas para interpretar las propias emociones; mire, aquí hay papel, pluma y tintero; dicte usted y yo iré escribiendo lo que usted siente.

WALTHER.—No sé por dónde empezar.

SACHS.—Cuénteme usted el sueño de esta mañana.

WALTHER.—Con sus reglas y sus enseñanzas se me desvanece rodo.

SACHS.—Pues recurriendo al arte de la poesía han encontrado muchos lo perdido en ella.

WALTHER.—¡Entonces no será un sueño, sino poesía!

SACHS.—Son dos amigos que se ayudan mutuamente.

WALTHER.—¿Cómo debo empezar según las reglas?

SACHS.—Usted mismo las establece y las sigue; recuerde su bello sueño de esta mañana; Hans Sachs cuidará de lo demás.

WALTHER (se sienta y después de breve pausa principia en voz muy baja):—¡Luz de la mañana!... vientos de rosa, aire perfumado por el aroma de las flores... delicias hasta ahora ignoradas... Con todo eso me invitaba un jardín... (Se detiene.)

SACHS.—Esto es una estrofa; ahora ¡cuidado! debe seguir otra enteramente igual.

WALTHER.—¿Y por qué ha de ser enteramente igual?

SACHS.—¡Ya veo que al fin escogerá usted esposa!

WALTHER (continuando).—«En esta morada celeste crecía un árbol magnífico de olorosas ramas y frutos de oro.» (Se pára.)

SACHS.—Usted acaba siempre en el mismo tono y esto ofendería á los maestros; pero Hans Sachs, más avisado, ya sabe que en primavera las cosas han de pasar así: vamos ahora al final...

WALTHER.—¿Cómo debe terminar la canción?

SACHS.—La estrofa final es la que decide del mérito de las dos anteriores; ha de parecerse á ellas sin que sea enteramente igual, y ha de ser más rica en rimas y entonaciones; así como los hijos glorifican á sus padres, debe realzar los primeros versos.

WALTHER (continuando).—«Oíd qué grandes maravillas me han sucedido; á mi lado tenía una mujer tan hermosa y linda como no ví otra; parecía una desposada; estrechóme tiernamente en sus brazos; sus ojos me invitaban; su mano me indicó lo que yo deseaba: el fruto del árbol de la vida.»

SACHS (ocultando su emoción).—Bonito canto final... ¡Qué bien lo sabe! Sólo encuentro la melodía algo libre; no quiero decir que esto sea una falta;

pero como no es fácil de retener en la memoria, los ancianos se fastidiarán. Ahora cante usted una segunda estrofa que recuerde la primera; yo mismo no sé ya, aunque la rima es excelente, qué ha soñado usted.

WALTHER (como antes).—«Expiraba el día, rodeado de su pompa, coronado de vivos arreboles. Tendido allí, saboreando la delicia de sus miradas, surgió en mi corazón un solo impulso: el deseo. El crepúsculo de la noche oscurecía mi vista, cuando vino á alumbrarla á través del ramaje, la luz de dos lejanas estrellas; con grato murmullo caía silenciosa de una altura una fuente, y fué creciendo su rumor tan fuerte y tan suave al par, como no oí otro en mi vida. Brillante y clara era la luz de las estrellas, y en vez del fruto se veían entre las ramas del laurel otras y otras, que iban despuntando.»

SACHS (con mucha emoción y tenura). — Amigo: la imagen de su sueño decía la verdad; la segunda estrofa le ha salido á usted bien; ¿quiere usted componer una tercera que contenga la significación del sueño?

WALTHER.—¿Y cómo encontrarla? Basta de palabras...

SACHS (levantándose).—¿Qué precisión y ajuste entre la letra y el asunto! Indíqueme bien las melodías, pues facilita la versificación. Si usted la canta correctamente, con mayor facilidad he de recordar luego la imagen del sueño.

WALTHER.—¿Qué quiere decir eso?

SACHS.—Que me parece que está usted en disposición de presentarse al certamen; allí guardo yo el traje de boda de usted que me ha traído su criado... ¡A pícaro!... ya sé el nido en que sueña... Vamos, sígame á mi cuarto, que algo debemos osar y conviene acicalarnos... Si es usted de mi parecer... adelante.

(Abre la puerta á Walther y se van.)

BECKMESSER (asomándose á la tienda y viendo que

no hay nadie en el taller, se acerca. Irá ricamente vestido; pero con abatido aspecto... Cojea... se frota, se palpa el cuerpo, se encoge, se alarga, busca impaciente un sillón donde sentarse, se sienta, se levanta, se frota otra vez; frenético y desesperado va de una parte á otra; se pára; acecha la casa á través de los postigos de la ventana; gesticula furioso: se golpea la frente; por fin, da con el papel escrito por Sachs; lo coge con curiosidad y deteniéndose conmovido, exclama con furia:—¡Un canto de certámen! Y de Sachs! es verdad! ahora lo entiendo todo.

(Sorprendido por el ruido de la puerta del cuarto, oculta rápidamente el papel en el bolsillo.)

SACHS (sale endomingado, y se detiene).—¿Usted aquí, señor escribano, tan de mañana? Supongo que ahora no le darían cuidado los zapatos. ¡Vamos á ver! ¡creo que le sientan bien!...

BECKMESSER.—¡Vaya al diablo! ¡zapatos tan delgados, en mi vida los usé! me lastima la más pequeña piedra.

SACHS.—Esto se debe á que estaba yo haciendo de juez.

BECKMESSER.—¡Basta de chanzas! ¡basta de martillazos! Créame usted, amigo Sachs, ya le conozco á usted ahora. El chasco de la última noche nunca lo olvidaré. Para que no fuera obstáculo á sus pretensiones, usted promovió el alboroto...

SACHS.—Era noche de algazara... Todos hablan de la boda de usted, y de aquí el tumulto. Pero usted debe alegrarse de eso... Cuanto más ruido, mejor para el matrimonio.

BECKMESSER (con furia). — ¡Ah! ¡astuto zapatero! ¡saco de malicias! ¡cancionero ramplón! Siempre fuiste mi enemigo; pero conozco tus tretas. Para vergüenza de todos los viudos, usted corteja á la niña que se criaba para mí. El buen Sachs quiere obtener así la rica herencia del joyero con aprobación de los maestros, y con sus malas artes seducir á la

joven. Pero yo no soy tan tonto; usted con su gritería y sus golpes quiso impedir el efecto de mi canción, y hacer que la niña no se enterase de que otro la cortejaba. ¡Jah, jah, jah, jah! Ahora descubro sus astucias... usted mandó al aprendiz á que me diera de palos; ¡oh! ¡oh! ¡oh! y para hacerme escarnio de la señorita, me dejó maltrecho y abatido, sin poder valerme; á mi propia vida atentaron, pero yo he salido con bien de este paso, para tomar venganza... Atrévase á cantar, que aun apaleado y todo, ya vera usted lo que le sucede...

SACHS.—Amigo mío, está usted en un error. Usted puede creer lo que le dé la gana, pero yo no me caso.

BECKMESSER.—¡Mentira! ¡estoy mejor enterado!

SACHS.—¡Pero qué diablos se le ocurre á usted, maestro Beckmesser! ¡y qué le importa lo que yo haga! De todos modos, créame usted á mí; desisto de mi pretensión...

BECKMESSER.—¿No quiere usted cantar hoy?

SACHS.—No en el certamen.

BECKMESSER.—¿En el certamen no?

SACHS.—No.

BECKMESSER.—¿Y si tuviera una prueba de lo contrario?

SACHS (mirando á la mesa).—¡Ah! la poesía que dejé aquí, y que usted se ha metido en el bolsillo!...

BECKMESSER (saca el papel).—¿No es letra de su puño?

SACHS.—Sí, era esto.

BECKMESSER.—Todavía está fresca la letra.

SACHS.—¿Todavía está fresca la letra?

BECKMESSER.—¿Quizás era un canto bíblico?

SACHS.—¡Error!

BECKMESSER.—¿Pues?

SACHS.—¿Cómo?

BECKMESSER.—¿Y usted pregunta?

SACHS.—¿Qué mas?

BECKMESSER.—Que usted, con toda su apariencia de hombre honrado, es un solemne bribón.

SACHS.—Pero nunca he robado lo que encontré encima de las mesas ajenas. Yo le regalo á usted el papel, para salvarle de compromisos.

BECKMESSER (con un salto de alegría).—¡Cómo! una poesía!... una poesía de Sachs! Quizás me la cede para meterme en otro embrollo! Usted se la sabrá de memoria!

SACHS.—Nada tema usted.

BECKMESSER.—¿Usted me la da?

SACHS.—Para que no sea usted un ladrón.

BECKMESSER.—¿Y puedo hacer de ella el uso que guste?

SACHS.—Lo que usted quiera.

BECKMESSER.—¿Y puedo cantarla?

SACHS.—Si lo logra.

BECKMESSER.—¡Ah si pudiese obtener el triunfo!

SACHS.—Mucho lo extrañaría...

BECKMESSER (ingenuamente).—¡Es demasiado modesto! pues digo, un canto de Sachs! Esto es importante. Oiga lo que me pasa y qué malo estoy. Mucho me costó mi poesía de ayer; pero con lo que ayer ocurrió y apaleado y abatido, temí que no podría componer otra, y que me vería obligado á desistir de mis pretensiones. Pero ahora, con la canción de usted estoy seguro de vencer. Si usted me la dá, demos al olvido la riña y las disputas pasadas. (Mira receloso el papel y de repente frunce el ceño.) ¡Pero si fuera esto una añagaza! Ayer era usted mi amigo. ¿Cómo es posible que después de tanto reñir, se vuelva usted de repente mi amigo?

SACHS.—Trabajé de noche, por acabarle los zapatos: ¿se hace tanto por un enemigo?

BECKMESSER.—¡Está bien! pero jure que nunca dirá que sea usted el autor de la canción.

SACHS.—Juro que nunca diré que sea yo el autor.

BECKMESSER (muy alegre).—¿Qué quieres más, amigo Beckmesser? puedes estar tranquilo.

(Frotándose las manos.)

SACHS.—Le advierto y aconsejo que la estudie mucho; no es muy fácil.

BECKMESSER. — Usted es un buen poeta, amigo Sachs; más, para componer música, no hay otro como yo. Atienda usted bien, no hay otro como Beckmesser! Si usted me oye la canción, se convencerá de ello. Voy al instante á aprenderla de memoria y á componer sin pérdida de tiempo. ¡Ay, amigo Sachs! y cuán mal le juzgaba! Lo ocurrido ayer me sacó de quicio. Se me va la cabeza... Ya ajustaré yo la letra á la melodía... No puedo detenerme; he de salir... Muhas gracias; muchas gracias por su buena intención... He de comprar las obras de usted. No ha de faltarle mi voto para la elección de juez... Pero no apuntará usted á martillazos... sino con el yeso... ¿está entendido? Juez... será usted juez... Hans Sachs... ¡viva Nuremberg!... viva el arte de la zapatería!

(Vase corriendo, cojeando y atropelladamente como si fuera loco.)

SACHS (con malicia).—Nunca hallé quien fuese astuto hasta el fin. No hay hombre sin un momento de flaqueza en el cual se deja engañar. Ese hurto de Beckmesser favorece mis proyectos. (A través de la ventana ve acercarse á Eva.) Eva! Cabalmente estaba pensando en ella! (Eva, ricamente vestida, con un traje blanco y adornada de brillantes, entra en la tienda.) ¡Salve, Eva! qué guapa! cómo presume usted de hermosa! hasta á los viejos como á los jóvenes, obliga á echarle flores!

EVA.—¡Maestro!... no hay peligro... El sastre me ha vestido muy bien, pero nadie diría que me doliese el zapato.

SACHS.—Usted tiene la culpa. ¡Cómo no quiso probárselos usted ayer!

EVA.—Es verdad; confié en el maestro y me he equivocado.

SACHS.—Lo siento! A ver, hija mía! á ver si lo arreglamos!

EVA.—Cuando estoy de pie menos mal, pero en cuanto ando, he de detenerme.

SACHS.—A ver! ponga el pie en ese taburete! Ya lo remediaremos! (Eva pone el pie en el taburete cerca de la mesita.) ¿Qué hay? ¡veamos!

EVA.—¿No ve usted? está demasiado ancho!

SACHS.—Pura vanidad, porque está estrecho!

EVA.—Pero si me duelen los dedos...

SACHS.—Aquí, el izquierdo.

EVA.—No, el derecho.

SACHS.—¿Y la planta?

EVA.—No; cerca del talón.

SACHS.—¿También ésta?

EVA.—Entonces, sabe usted mejor que yo dónde me aprieta el zapato.

SACHS.—Lo que extraño, que siéndole ancho, le apriete de todos lados. (Walther vestido ricamente de caballero se detiene en la puerta sorprendido viendo á Eva. Esta lanza un grito y se queda inmóvil y en la misma postura, con el pié en el taburete. Sachs arrodillado delante de ella y de espaldas á la puerta.) Aquí está; ya comprendo lo que es. Niña, tienes razón, es la costura; quédate así; te quitaré el zapato y lo pondré en la horma. (Le quita el zapato y mientras ella aguarda, Sachs lo arregla.) ¡Qué pesado es mi oficio! Oye, niña, estaba pensando una cosa: ¡si aspirase yo al premio para alcanzar tu mano! ¿no escuchas?... pero, habla, ¿no me lo aconsejaste tú?... ya comprendo, ya comprendo; si mientras trabajo alguien me cantara algo. Recuerdo una bonita canción cuya tercera estrofa era preciosa.

WALTHER (siempre delante de Eva y en la misma postura).—«Mientras centelleaban las estrellas brillantes y claras, ella, la más hermosa de todas las

mujeres, ostentaba en su frente una guirnalda de suave fulgor. ¡Maravillas sobre maravillas se suceden en este día doblemente dichoso! Veo brillar dos ojos semejantes á dos soles ¡oh dulce imagen!... ¡Cómo me acercaría á ti! Ella depuso en su frente una guirnalda eligiéndole por esposo, y ahora le corona de gloria y derrama en el corazón del poeta delicias celestiales en un sueño de amor.»

SACHS (ocupado hasta aquí en su trabajo, vuelve con el zapato y calza á Eva mientras Walther termina su canción).—Escucha, niña, este es un canto magistral; eso que ahora cantan en mi casa... ¿á ver, cómo te sienta?... prueba de andar... ¿todavía te lastima?...

(Eva, como encantada, se queda inmóvil escuchando y mirando á Walther hasta que prorrumpe en llanto y se echa en brazos de Sachs quien la estrecha suspirando. Walther se acerca y le estrecha la mano entusiasmado. Sachs hace un esfuerzo y se arranca de sus brazos con enfado, y Eva, sin querer, se apoya en los hombros de Walther.

EVA (atrayendo á Sachs).—¡Oh, Sachs! amigo mío, ¿cómo recompensar tu nobleza?... ¿qué hubiera sido de mí sin tu cariño?... ¡si tú no hubieras despertado mi inteligencia!... Cuánto hay en mí que vale algo, lo debo á tus consejos: tú me educaste, tú me inspiraste nobles pensamientos. Ríñeme, si quieres; yo estaba resuelta á ser tuya. ¡Querido maestro! Pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo; un tormento desconocido para mí, fatal, inconsciente... Tú mismo tenías miedo...

SACHS.—Hija mía; Hans Sachs sabe una historia muy triste de Tristán é Isolda y no quiso para sí la dicha de Marke. Ya era tiempo de conocer lo que te convenía; sin ello hubiera hecho una sandez: mira, allá va Magdalena... entra... eh, David, no sales? (Magdalena muy bien vestida entra por la puerta de la tienda; sale al propio tiempo David

